

la arquitectura de Luis Moya Blanco (1904-1990)

El arquitecto Luis Moya Blanco (Madrid, 1904-1990) es una de las más conspicuas figuras de la arquitectura española del siglo XX, debido al personal y singular empeño de mantener la vigencia de la arquitectura clásica; y de haber logrado, no sólo defender apasionadamente su supremacía técnica y conceptual en ensayos y escritos, sino de haber podido pasar también a demostrar sus tesis con el ejemplo de los variados y complejos edificios -no menos *apasionados*- que tuvo la fortuna de poder construir.

Luis Moya, desconfiando de la arquitectura moderna que por simples motivos de edad le habría tocado desarrollar, se propuso, por el contrario, recuperar la vigencia de la arquitectura clásica. Se planteó definirla al diferenciarla no sólo de la manera moderna, sino también de la ecléctica -esto es, de la tradición académica derivada de "Beaux-Arts"-, para inspirarse en la "verdadera tradición" latina derivada de la antigüedad.

Un empeño tal, por intenso que fuere, no hubiera convertido a Moya más que en un personaje anecdótico, quizá intelectualmente interesante como síntoma o testimonio de las dificultades de la cultura española y de su esfuerzo por entenderse como una cultura propia, específica, en el interior del marco europeo; lo que hace que Moya haya ingresado ya en la historia de la arquitectura española, sin que -y a despecho de algunos- su contribución pueda ignorarse, son sus citadas realizaciones.

Se pueden espigar tres razones por las que la arquitectura de Moya alcanza gran interés. La primera de ellas está ya insinuada; no se limitó a continuar la tradición, más o menos ecléctica, de la arquitectura tradicional, sino que se preocupó por cimentar su posición sobre bases más firmes, analizando lo que creía errores de las maneras modernas y académicas y oponiéndoles aquellos valores, métodos e instrumentos que vio en la "verdadera" tradición al buscar la máxima coherencia entre la belleza, la disposición y la construcción material.

La segunda hace referencia a este último campo, el de la materia, la sustancia primera y última de la arquitectura. Arquitectura y construcción -en una consideración anticlásica que no será la única de las interesantes contradicciones que deba integrar- serían para Moya una misma cosa. Fue un gran constructor, sobre todo de los sistemas abovedados de ladrillo, cuya tradición renovó y enriqueció. Tan sólo por esta consideración técnica la obra de Luis Moya alcanza una notable relevancia.

La tercera razón es la calidad -el interés arquitectónico global, si se prefiere otro modo de decirlo- que, debido a las anteriores consideraciones, de un lado, y a su pericia de trazado, de otro, alcanzaron sus realizaciones concretas, cuyo valor las hace merecedoras del puesto en la historia española moderna que, por fortuna, empiezan ya a ocupar. Ello en lo que hace referencia a las obras clásicas, que tienen uno de sus más conseguidos arquetipos en la Iglesia de San Agustín, en Madrid, y que alcanzó su más extraordinaria culminación en la Universidad Laboral de Gijón. Pero también en lo que hace a su posterior trabajo, cuando comprendiendo que el tiempo moderno debía también ser el suyo se vio obligado a abandonar la manera clásica.

Todo lo anterior contribuye a dibujar una destacadísima y singular figura histórica, a la que ha de añadirse, para terminar, el importante perfil de profesor y de investigador y erudito que Luis Moya también tuvo, y que da a su personalidad un mayor atractivo.

Antón González Capitel
Javier García-Gutiérrez Mosteiro